



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
www.virgendeguadalupe.org.mx

Homilía pronunciada por **Mons. Salvador Martínez Ávila**, Vicario Episcopal de Guadalupe, Rector de la Basílica de Santa María de Guadalupe y Presidente del Cabildo, en el **VIII Domingo Ordinario**.

3 de marzo de 2019

Queridos hermanos y hermanas en el Señor Jesús. Continuamos este domingo la lectura del sermón de la llanura. Este sermón comenzó hace dos domingos con las bienaventuranzas, el domingo pasado escuchamos la enseñanza sobre el actuar extraordinariamente según el criterio del Evangelio.

Este Domingo el Señor continúa enseñándonos cosas muy prácticas para nuestro caminar como sus discípulos suyos. En particular deseo detenerme en el tema de la integridad o coherencia entre lo que somos interiormente y las maneras como este ser interior se manifiesta. De varias formas, tanto en la primera lectura como en el evangelio, Dios nos habla sobre la necesaria unidad entre el interior y el exterior: "no juzgues a un hombre antes de haberlo escuchado –nos dice el Libro del Sirácide– porque en la forma de hablar se manifiesta su valía" o bien "los higos no salen de los cardos, ni las uvas de los espinos", nos dice el Evangelio. De la bondad de nuestros pensamientos, y de la forma en que orientamos y conducimos nuestras emociones, depende la calidad de nuestras palabras y la eficacia o fecundidad de nuestras obras.

Los grandes maestros de la espiritualidad monacal descubrieron que el verdadero campo de batalla del cristiano no está fuera de sí mismo, como si se ganara la virtud con espadas, con piedras o con pistolas. No, allí no está el verdadero campo de batalla. El evangelio triunfa en la medida que conquista el área de nuestra imaginación. Cometeríamos un grave error si pensáramos que las grandes transformaciones humanas partieran de la imposición externa de conductas, a base de códigos legales, instituciones y sistemas de seguridad omnipresentes.

El Señor nos enseña hoy que las buenas palabras y las obras que valen la pena se gestan en nuestro pensamiento, en los rincones más íntimos de aquello que pensamos e imaginamos. Veamos un ejemplo concreto. De manera espontánea, sin que yo me lo proponga, cuando he sufrido una afrenta, cuando tuve una pelea, un altercado, vienen a la imaginación un montón de fantasías, que me presentan la posibilidad de un desquite, de una venganza. Fruto de estas fantasías, mis emociones son el enojo, el coraje. Esto viene solo, no lo pido, no me lo propongo, surgen espontáneamente.

La gran pregunta es ¿Qué hago con esas fantasías y esas emociones? Una forma tremendamente errónea es dejar que fluyan sin control y se repitan una y otra vez. Me surge una buena venganza, ahí la repito porque me causa cierto gusto, verdad.

Pensar que aquella persona con la cual tengo problemas, se tropieza, o le sale un tumor. No, eso es un error. Fuera de mí no resuelven nada, y dentro de mí, tampoco porque sigo enojado. En todo caso, me predispongo para actuar violentamente cuando me encuentre con las personas o me encuentre en las mismas situaciones que me hirieron. Si en mi interior he dejado crecer cardos y abrojos de maldiciones y golpes, eso es lo que saldrá. Pero si con mi pensamiento acepto mi enojo, no lo niego, estoy enojado, sí. Analizo la causa y las posibilidades de que eso no vuelva a suceder, ¡ah! Empiezo yo a manejar, empiezo yo a conducir mi interior.

Si en lugar de repetir una y otra vez la fantasía de mi desquite convierto en oración este dolor interno y pido al Señor la fuerza de perdonar y de verme libre del rencor, más aún, si oriento mi enojo a la intercesión por aquellos que me han hecho el mal –como lo decía Jesús la semana pasada- les aseguro que surgirán muchas palabras distintas a la maldición. Y obras que cambien la realidad en el momento de la verdad.

Hermanos, para concluir, no permanezcamos en la ceguera de nuestra fantasía descontrolada. No nos habituemos a no conducir nuestro interior, eso no lleva a nada que valga la pena. Más bien, iluminados por el Espíritu de Dios, conduzcamos, orientemos, encauzemos, lo que sucede en nuestro interior de acuerdo al evangelio de Cristo.

Amén.